

que nadie haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta ni abertura por donde pudiera introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadían su desgracia. Esto despertó en su fantasía gran confusión de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño, parecía recurso inútil, igualmente que arriesgado, pues le importaba tanto ocultar la verdad, que no se podía esperar de ella la más leve explicación. Adoptó, pues, el partido de ir á desahogar su corazón con Leoncio, después de haber mandado á los criados que se fuesen, diciéndoles que creía haber oído algún ruido en el aposento, pero que se había equivocado. Halló á su suegro que salía de su cuarto, habiéndole despertado el rumor que había oído, y le contó menudamente todo lo que le había pasado, con muestras de extraña agitación y de profundo dolor.

»Sorprendióse Sifredo al oír el suceso, y no dudó ni un solo momento de su verdad, por más que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasión del rey, pensamiento que le afligió vivamente. Pero lejos de fomentar las celosas sospechas de su yerno, le representó en tono de seguridad que aquella voz que se imaginaba haber oído y aquella espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podían ser sino fantasías de una imaginación engañada por los celos; que no era posible que ninguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija; que la tristeza que había advertido en ella podía ser efecto natural de alguna indisposición; que el honor nada tenía que ver con las alteraciones de la salud; que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en la soledad y que se veía repentinamente entregada á un hombre sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podía muy bien ser la causa de aquellos suspiros, de aquella aflicción y de aquel amargo llanto; que el amor en el corazón de las doncellas de sangre noble sólo se encendía con el tiempo y con los obsequios, y que así le aconsejaba que calmase sus recelos y aumentase su amor y sus finezas, para ir disponiendo poco á poco á Blanca á mostrarse más cariñosa, y que le rogaba, en fin, que volviese hacia ella, persuadido de que su desconfianza y turbación ofendían su virtud.

»Nada respondió el condestable á las razones de su suegro, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la confusión en que estaba su espíritu, ó porque le pareció más conveniente disimular que intentar en vano convencer al anciano de un acontecimiento tan desnudo de verosimilitud. Restituyóse al cuarto de su mujer, se volvió á la cama, y procuró lograr algún descanso de sus penosas inquietudes á beneficio del sueño. Por lo que toca á

Blanca, no estaba más tranquila que él, porque había oído claramente todo lo que oyó su esposo y no podía atribuir á ilusión un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan enterada. Admirábase de que Enrique hubiese pensado en introducirse en su cuarto después de haber dado tan solemnemente su palabra á la princesa Constanza; y en vez de darse el parabién de este paso y de que le causase alguna alegría, lo conceptuó como un nuevo ultraje que encendía en cólera su pecho.

»Mientras la hija de Sifredo, preocupada contra el joven rey, le juzgaba por el más pérfido de los hombres, el desgraciado monarca, más prendado que nunca de su amada Blanca, deseaba hablarle para desengañarla contra las apariencias que le condenaban. Hubiera venido mucho más presto á Belmonte para este efecto, á habérselo permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche hubiera podido evadirse de la corte. Conocía bien todas las entradas de un sitio donde se había criado, y ningún obstáculo tenía para hallar modo de introducirse en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba á los jardines. Por éstos llegó á su antiguo cuarto, y desde él se introdujo en el de Blanca. Fácil es imaginar cuánta sería la admiración de este príncipe cuando tropezó allí con un hombre y con una espada que salía al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar en aquel mismo instante al temerario que tenía atrevimiento de levantar su mano sacrílega contra su propio rey; pero la consideración que debía á la hija de Leoncio suspendió su resentimiento; se retiró por donde había entrado, y más turbado que á la ida volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco antes que despuntase el día, y se encerró en su cuarto tan agitado, que no le fué posible lograr ningún descanso, y no pensó más que en volver á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor; y sobre todo su amor, le excitaban á que procurase saber sin dilación todas las circunstancias de tan cruel acontecimiento.

»Apenas se levantó, dió orden que se previniese el tren de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella, se fué al bosque de Belmonte con sus monteros y algunos cortesanos. Cazó por disimulo algún tiempo, y cuando vió que toda su comitiva corría tras de los perros, él se separó y marchó solo á la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenía muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algún pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, cuando al atravesar un

sendero que iba á dar á una de las puertas del parque, vió no lejos de sí á dos mujeres que estaban sentadas en conversación á la sombra de un árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algún sobresalto; pero su agitación llegó á lo sumo cuando, volviendo aquellas mujeres la cabeza al ruido que hacía el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Había salido de la quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel sitio retirado.

»Luego que Enrique la conoció, fué volando hacia ella; precipitóse, por decirlo así, del caballo; arrojóse á sus pies, y descubriendo en los ojos todas las señales de la más viva aflicción, le dijo enternecido:

— »Suspende, bella Blanca, los ímpetus de tu dolor. Las apariencias confieso que me hacen parecer culpable á tus ojos; mas cuando estés enterada del designio que he formado con respecto á ti, puede ser que lo que miras como delito, te parezca una prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor.

»Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecían capaces de mitigar la pena de Blanca, sólo sirvieron para exacerbarla más. Quiso responderle, pero los sollozos ahogaron su voz. Asombrado el príncipe de verla tan turbada, prosiguió diciéndole:

— »Pues qué, señora, ¿es posible que no pueda yo calmar el desasosiego que os agita? ¿Por qué desgracia he perdido vuestra confianza yo que expongo mi corona y hasta mi vida por conservarme sólo para vos?

»Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí misma para explicarse, le respondió:

— »Señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay ya poder en el mundo para que en adelante sea una misma la suerte de los dos.

— »¡Ah, Blanca!, interrumpió el rey precipitadamente, ¡qué palabras tan crueles han proferido tus labios! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan osado que tenga aliento para oponerse al furor de un rey que reduciría á cenizas toda la Sicilia antes que sufrir que ninguno os robe á sus esperanzas?

— »Inútil será, señor, todo vuestro poder, respondió con desmayada voz la hija de Sifredo, para allanar el invencible obstáculo que nos separa. Sabed que ya soy mujer del condestable.

— »¡Mujer del condestable!, exclamó el rey dando algunos pasos atrás.

»Y no pudo decir más: tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas y cayó desmayado al pie de un árbol que estaba allí cerca. Quedó pálido, trémulo y tan enajenado, que sólo tenía libres los ojos

para fijarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dejaba comprender cuánto le había affigido el infortunio que le anunciaba. Blanca, por su parte, le miraba también con semblante tal, que manifestaba ser muy parecidos los afectos de su corazón á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos desventurados amantes con un silencio en que se dejaba traslucir cierta especie de horror. Por último, el príncipe, volviendo algún tanto de su trastorno por un esfuerzo de valor, tomó de nuevo la palabra y dijo á Blanca suspirando:

— »¿Qué habéis hecho, señora? Vuestra credulidad me ha perdido á mí y os ha perdido á vos.

»Resintióse Blanca de que el rey á su parecer la culpase, cuando ella vivía persuadida de que tenía de su parte las más poderosas razones para estar quejosa de él, y le dijo:

»Qué, señor, ¿pretendéis por ventura añadir el disimulo á la infidelidad? ¿Queríais que desmintiese á mis ojos y á mis oídos, y que á pesar de su testimonio os tuviese por inocente? No, señor, confieso que no me siento con valor para hacer esta violencia á mi razón.

— »Sin embargo, dijo el rey, esos testigos de que tanto os fiáis os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos y os han hecho traición. Tan verdad es que yo estoy inocente y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable.

— »Pues qué, señor, repuso Blanca, ¿negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano y vuestro corazón? ¿No asegurasteis á los grandes del reino que os conformaríais con la voluntad del rey difunto, y á la princesa que recibiría de vuestros nuevos vasallos los homenajes que se debían á una reina y esposa del príncipe Enrique? ¿Mis ojos estaban fascinados? Confesad, confesad más bien, infiel, que no creísteis que debía contrapesar el corazón de Blanca el interés de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentís, ni quizá habéis sentido jamás, decid que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con Constanza que con la hija de Leoncio. Al cabo, señor, tenéis razón: igualmente desmerecía yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazón de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesión de uno y otro; pero vos tampoco debíais mantenerme en este error. No ignoráis los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en desvanecer mis temores? Entonces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazón, ya que

no podía serlo una mano que ningún otro pudiera jamás haber logrado de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del condestable, y por exponerme á las consecuencias de una conversación que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla y para que deje á un príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

»Dicho esto, se alejó de Enrique con toda la celeridad que le permitía el estado en que se encontraba.

- »Aguardaos, señora, clamaba Enrique, no desesperéis á un príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echáis en cara haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos.

- »Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca. Debierais haber impedido que diese la mano al condestable antes de abandonaros á tan generosos impulsos; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia quede reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisierais. Si tuve la flaqueza de dejar sorprender mi corazón, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y que vea el rey de Sicilia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique.

»Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque; entróse en él con precipitación, acompañada de Nise; cerró la puerta con ímpetu, y dejó al rey traspasado de dolor. No podía menos de sentir él la profunda herida que había abierto en su corazón la noticia del matrimonio de Blanca.

- »¡Injusta Blanca!, ¡Blanca cruel!, exclamaba: ¿es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestras recíprocas promesas? A pesar de mis juramentos y los tuyos, estamos ya separados. ¿Conque no fué más que una ilusión la idea que yo me había forjado de ser algún día el único dueño tuyo? ¡Ah, cruel, y qué caro me cuesta el haber llegado á conseguir que mi amor fuese de ti correspondido!

»Representósele entonces á la imaginación con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada de todos los horrores de los celos; y esta pasión se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para sacrificar á su resentimiento al condestable y aun al mismo Sifredo. Pero poco después entró la razón á calmar los ímpetus de su cólera. Con todo eso, cuando consideraba imposible el desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, se desesperaba. Lisonjeábase de que cambiaría aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla á solas. Animado con este pensamiento, se persuadió de que era menester alejar de su compañía al condestable y resolvió hacerle prender como á reo sospechoso en las circunstan-

cias en que se hallaba el Estado. En este supuesto dió la orden competente al capitán de sus guardias, el cual partió á Belmonte, se apoderó de su persona á la entrada de la noche y llevóle consigo al castillo de Palermo.

»Consternóse el palacio de Belmonte con este acontecimiento. Sifredo partió al punto á responder al rey de la inocencia de su yerno y á representarle las funestas consecuencias de semejante prisión.

Previendo bien el rey este paso que su ministro daría, y deseando lograr un rato de libre conversación con Blanca antes de dar libertad al condestable, había mandado expresamente que no se dejase entrar á nadie en su cuarto aquella noche. Pero Sifredo, á pesar de esta prohibición, logró introducirse en la estancia del rey.

- »Señor, le dijo luego que se vió en su presencia: si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su soberano, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado V. M. la eterna afrenta de que cubre á mi familia, y las resultas de una prisión que puede alejar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del Estado?

- »Tengo avisos ciertos, respondió el rey, de que el condestable mantiene inteligencias criminales con el infante don Pedro.

- »¡El condestable inteligencias criminales!, interrumpió sorprendido Leoncio. ¡Ah, señor!, no lo crea V. M.: sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazón. La traición nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al condestable ser yerno mío para hallarse en este punto al abrigo de toda sospecha. Él está inocente; otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

- »Puesto que me hablas con tanta claridad, repuso el rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah!, ¿y no podré yo también quejarme de tu crueldad? Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente mi reposo, poniéndome en situación, con tus cuidados officiosos, de que envidie la suerte de los hombres más infelices. No, no te lisonjees de que yo adopte tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza...

- »Qué, señor, interrumpió estremeciéndose Leoncio, ¿cómo será posible que no os caséis con la princesa, después de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el reino?

- »Si es que engaño su esperanza, repuso el monarca, échate á ti solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precisión de ofrecer lo que no podía